

VIVIENDA POPULAR Y CRECIMIENTO URBANO EN EL ROSARIO DEL NOVECIENTOS *

DIEGO ARMUS
JORGE E. HARDOY

ABSTRACT

Rosario is a city that shows an accelerated growth in the second half of the XIX century. The author analyses the social structure at that time and shows different aspects such as: the labour market for popular sectors, the active role of the elite of the city in the municipal administration at that time, the deteriorated housing conditions of the poor, the types of popular housing and its location in the city, the main features of the popular sector's life described through the network of conflicts and interrelations valid at that time. He concludes that from this perspective —popular housing— there is a long way for historical studies to fulfill since very little has been done so far.

A fines del siglo XIX la ciudad de Rosario y su puerto reflejaban muchos de los cambios que la Argentina agroexportadora había traído consigo. La urbanización brusca, el impacto inmigratorio ultramarino e interno, la infraestructura necesaria para cumplir exitosamente la función de área proveedora de materias primas al mercado mundial y de centro de distribución de equipos y bienes de consumo importados, y una relativa consolidación de su mercado de trabajo fueron algunos de los elementos que ponían en evidencia las transformaciones del próspero litoral pampeano y fluvial.

Todas estas novedades revelaban algunos de los cambios introducidos por el programa político de la generación del ochenta. Se trataba de un conjunto de medidas que en el marco del capitalismo periférico aspiraban a reordenar y modernizar a una sociedad argentina, indudablemente marcada por profundas mutaciones.

* Algunas de las ideas de este artículo están más desarrolladas en otros trabajos de los autores, realizados en el marco de investigaciones ya finalizadas o en curso, y apoyadas por el Programa de Investigaciones Sociales sobre Población en América Latina (PISPAL), por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la República Argentina. Véase al respecto de tales trabajos, Jorge E. Hardoy, "La vivienda popular en el municipio de Rosario a fines del siglo XIX. El censo de conventillos de 1895", y Diego Armus, "Enfermedad, ambiente urbano e higiene social. Rosario entre fines del siglo XIX y comienzos del XX", ambos incluidos en Diego Armus, María Elena Langdon y Juan Rial (compiladores), *Sectores populares y vida urbana*, Ediciones CLACSO, Buenos Aires, 1984.

Salvo excepciones, la historiografía argentina ha enfocado el período que transcurre entre 1880 y la primera guerra mundial con el sesgo de un discutible enfoque de "progreso". Todos los indicadores que, reiteradamente, han sido tomados en cuenta permitieron reconstruir un mundo de cifras cada vez más abultadas que sugieren una Argentina en plena expansión de sus fronteras agrícolas y crecimiento económico. La progresiva consolidación del estado —en sus niveles nacional, provincial o municipal—, la expansión del área productiva, el notable incremento de las exportaciones, el rápido crecimiento de la población, el fuerte impacto de las inversiones extranjeras, el trazado de una red ferroporportuaria de ostensible perfil agroexportador y la aparición de una improvisada Argentina urbana conforman un cuadro donde las estadísticas y las tasas de crecimiento demográfico, económico o de cualquier otra índole, parecen insinuar un armonioso clima de prosperidad, sin conflictos sociales.

En un período como el analizado en este trabajo, de intensa acumulación, pero con escasa distribución de beneficios, el cuadro social emergente se presenta marcado por infinidad de problemas que no siempre han recibido la atención debida. Otra historia, paralela a aquélla de promisorios indicadores de progreso, resulta de largas jornadas de trabajo, desocupación, huelgas, bajos ingresos, recurrentes azotes epidémicos, resignación y desesperanza. Nuestro enfoque aspira a recomponer los fragmentos de un mundo armado en torno de las precariedades e incertidumbres presentes en la vida de los sectores populares. Esta problemática, discutida por los grupos más paternalistas y humanitarios de la élite argentina de la época, constituye la contracara del progreso indefinido y destaca el peso de la "cuestión social" en la Argentina del novecientos.

A la imagen de un país que exportaba toneladas de trigo, construía pomposos edificios y permitía la formación de algunas inmensas fortunas personales, se oponía la oscura realidad de la cuestión social que irrumpía campos y ciudades. En el centro mismo de esta vasta y compleja problemática se sitúa el tema de las condiciones de vida de los sectores urbanos. Desde las características del hábitat popular a la inestabilidad laboral, y desde la elevada mortalidad infectocontagiosa o tuberculosa a las múltiples ilusiones no concretadas —o sólo parcialmente concretadas— de millones de inmigrantes, un conjunto de temas concernientes tanto al mundo del consumo como al del trabajo cruza el diario vivir de las "gentes del pueblo" y las preocupaciones y políticas de los poderes municipales.

Las notas que siguen se proponen examinar algunos de los problemas vinculadas a la vivienda de los sectores populares del municipio de Rosario entre 1880 y 1910. Se trata de un aspecto medular de un cuadro más general —el de las condiciones de vida— constituido por un espectro temática que incluye también a la alimentación, la salud, la organización familiar, el comportamiento demográfico, las actitudes hacia el trabajo, la cultura política. La lista podría ser mucho más larga y la ausencia de trabajos puntuales señala algunas de las muchas lagunas de la historiografía social argentina.

En torno a la vivienda de los sectores populares posiblemente se articulan las evidencias más significativas de la cuestión social de la que tanto habla la prensa urbana del novecientos¹. Frente a esas evidencias, y desde la perspectiva de la élite de la sociedad argentina de fines del

¹ En este trabajo los problemas vinculados a la salud y a la alimentación, que bien pueden tratarse con cierto grado de autonomía, quedan inscritos y apenas sugeridos en la temática habitacional.

siglo XIX, es posible detectar preocupaciones explícitas e implícitas, medidas concretas y aspectos no tratados que distaron de ser afectados por políticas o discursos específicos. Desde la perspectiva de los propios sectores populares es posible reconstruir también una lectura distinta, mucho más fragmentada e inorgánica, a veces parcialmente coincidente con la de ciertos personajes de la élite y otras, sin duda, contrapuestas.

Entre esas dos aproximaciones transitó la cuestión social en el Rosario del novecientos. La elite local y la administración política del municipio fueron bosquejando y, en algunos casos, concretando una serie de objetivos marcados a veces por el control y cierta organización de una convulsinada sociedad urbana, otras por la intención del mejoramiento parcial y progresivo de la vida de la población. Por su parte, y mientras se constituían y diferenciaban a un mismo tiempo, los sectores populares no sólo manifestaron preocupación sobre ciertos aspectos pertinentes a sus propias condiciones de vida, sino también debieron imaginar respuestas bien concretas, las más de las veces sólo evidentes en el nivel de lo cotidiano. Algunos ejemplos son expresivos de este proceso de constitución y diferenciación de grupos y subgrupos dentro de los sectores populares con mayores afinidades y prácticas compartidas. La casa propia adquirida en cuotas o la protección médica brindada por una sociedad de socorros son algunos ejemplos de la aparición de franjas dentro de las gentes del pueblo que enfrentaban los avatares de la así llamada cuestión social con medios y estilos diferenciados. La estabilidad en los ingresos y el empleo habrán sido, en tal sentido, decisivas.

Ciertamente, en la temática de la vivienda popular no aparece escindido con claridad el mundo del trabajo del ambiente donde se concreta la reproducción biológica y cotidiana de la fuerza de trabajo. Si se piensa en el decisivo peso del trabajo domiciliario y por cuenta propia en los mercados laborales urbanos rioplatenses de fines del siglo XIX y comienzos del XX o en un epidémico ambiente urbano resultante de una deficitaria o directamente inexistente dotación de equipamientos colectivos, parece evidente que esa delimitación entre espacio de la producción y mundo del consumo es parcialmente eficaz. De todos modos, en estas notas se enfatiza en las condiciones del hábitat centradas en el consumo.

Si esa demarcación casi espacial de la vida cotidiana de las gentes comunes presenta inconvenientes, mucho más controvertida y discutible es la aproximación que suele darse por satisfecha cuando precisa y hasta cuantifica ciertos problemas de la vida material —como las tasas de mortalidad, el agua disponible por habitante, la cantidad de personas por habitación—, o cuando estudia las preocupaciones del poder político a través de ciertas ordenanzas municipales, pero sin reparar suficientemente en sus contenidos socialmente disciplinadores. La reconstrucción de los niveles de vida y también de las políticas que desde el Estado inciden en tales estándares son esfuerzos necesarios y útiles, pero, es preciso señalarlo, indudablemente parciales.

La realidad histórica, abordada a través de la vida concreta de sus anónimos protagonistas, parece más instalada en intersecciones o en zonas de frontera que en espacios pasibles de examen o evaluación mediante mediciones. Si en los estudios urbanos contemporáneos esa aseveración es obvia, en los estudios históricos parece ser más que pertinente; no son pocas las veces que la reconstrucción de la vida en las ciudades de comienzos de siglo queda prisionera de una simpleza y generalización que, en ciertos casos, hace gala del más tradicional estilo historiográfico y en otras descubre inocultables y poco explicitadas posturas optimistas sobre el modelo agroexportador del capitalismo periférico argentino.

De modo tal que cualquier enfoque de las condiciones de vida y de la cuestión social debe dejar planteado, o por lo menos sugerido, que se trata de problemas de difícil delimitación y medición. Muchos de los aspectos vinculados a la vida material —entre ellos los de la vivienda— pueden, en cierto sentido, ser cuantificados y relacionados con explícitas preocupaciones políticas; con todo, su verdadera dimensión sólo aparece en escena cuando se los inscribe en una problemática general donde tienen peso sustancial una amplia gama de factores, muchas veces ubicados en el que Hobsbawm denominó "territorios no materiales"².

Un ejemplo —entre muchos— puede aclarar este necesario contra-punteo entre enfoques cuantitativos y cualitativos. La significación cultural y psicológica de una experiencia migratoria internacional, superpuesta a otra rural-urbana, es un telón de fondo ineludible cuando se busca recrear la vida que hicieron esos miles de italianos y españoles en el Rosario del novecientos. Ilusiones y realidad cruzan horizontal y verticalmente la elección de pensar la propia vida en un nuevo país; con ellas toman cuerpo variables de imposible medición como la incertidumbre, la resignación, la desesperanza, incluso el éxito. Se descubre entonces un mundo de inmaterialidad, de subjetividades, que resulta de las experiencias realmente vividas. Así, la mayor o menor gravedad del hacinamiento sufrido en un conventillo puede quedar expresada en una relación de habitantes por cuarto, pero las implicaciones que resultan del trabajo domiciliario, muchas veces efectuado en la misma habitación, difícilmente quedan aprehendidas en la información que resume una tasa. De igual modo, una resolución municipal que ordena compulsivamente un desalojo puede descubrir estrategias más o menos eficaces del poder administrador en materia de salud pública, pero oculta el perfil francamente atentatorio de esas medidas para quienes tienen allí la única posibilidad de residencia.

Los ejemplos pueden seguir. Parece evidente, entonces, que los problemas de la vivienda, en tanto componentes centrales de las condiciones de vida de los sectores populares, definen una controvertida realidad. En ella cuentan, entre otros, tres grupos de problemas. En primer lugar, las preocupaciones y deseos originados en la élite para modelar cierto tipo de sociedad; luego, las políticas concretas de mejoramiento progresivo y también de represión planteadas desde el poder municipal y, finalmente, las experiencias y aspiraciones de los propios sectores populares. Enmarcado en el brusco crecimiento urbano del Rosario del novecientos, este artículo se propone discutir algunos problemas de la cuestión habitacional tomando en consideración esos tres niveles de análisis.

1. EL PUERTO DE ROSARIO Y SU SOCIEDAD ENTRE FINES DEL SIGLO XIX Y COMIENZOS DEL XX

A partir de la década de 1850, Rosario experimentó una acelerada expansión demográfica. Las distintas etapas de este crecimiento ponen en evidencia la estrecha relación de la ciudad con su entorno rural. El ferrocarril que unió a Rosario con Córdoba, en 1810, transformó a este puerto fluvial en la salida natural de una vasta zona en pleno proceso de ampliación de sus fronteras productivas. Nuevas tierras y nuevos po-

² Los estudios contemporáneos recurren á controvertido término de "calidad de vida"; la rica polémica que décadas atrás protagonizó la historiografía inglesa difundió el de "territorios no materiales». Véase al respecto, Arthur TAYLOR, *The standard of living in Britain in the industrial Revolution*, Londres, Methuen, 1975.

bladores —los inmigrantes— encontraron en la agricultura el motor de desarrollo de la región. Este dinámico hinterland incidió en la jerarquización del perfil comercial de la ciudad; hacia fines del siglo XIX Rosario era una ciudad-puerto exportador de cereales, receptor de mercaderías y de mano de obra y, en menor medida, de capitales y tecnología.

Ya desde mediados de la década de 1870 la actividad del puerto de Rosario creció en forma paralela a la de un próspero comercio apoyado en la expansión agrícola. Hacia 1870 las harinas santafesinas habían desplazado a las chilenas en el mercado de Buenos Aires y a partir de 1888 se convirtieron en un promisorio rubro de exportación. Apoyándose en ese marco regional en continua expansión, Rosario alcanzó el segundo rango entre los puertos argentinos y desde 1880 se transformó en la segunda ciudad del país por su número de habitantes.

En la década de 1890, el perfil modelado en la exitosa fórmula que relacionaba la inmigración con la colonización comenzó a modificarse. Dominados los ataques indígenas y puestas en producción las que hasta pocos años antes eran tierras de frontera, el hinterland rosarino terminó por diferenciarse en dos zonas: el centro de la provincia de Santa Fe, que adquirió los rasgos propios de un área de granjas donde no faltó la producción lechera, y la zona sur, que combinó eficazmente la producción pecuaria refinada con la agricultura extensiva asentada en las tierras nuevas. En mayor o menor grado ambas zonas recibieron el impacto del sistema de tenencia de la tierra, las demandas estacionales de mano de obra y las recurrentes sequías y plagas de langosta.

Una vez finalizado el ciclo que articuló la inmigración a la colonización agrícola y, en consecuencia, al acceso a la propiedad de la tierra, la ciudad acentuó aún más las tendencias vigentes desde mediados del siglo XX, afirmándose en su condición de espacio receptor de mano de obra. Si bien a Rosario llegaron migrantes de las provincias limítrofes, fueron los extranjeros, fundamentalmente italianos y españoles, los que protagonizaron los profundos cambios de la sociedad rosarina del novecientos³. Fueron las actividades portuarias, el desarrollo del ferrocarril y las necesidades derivadas de la urbanización brusca los elementos distintivos de tal expansión. Los efectos de la industrialización, que bien pueden rastrearse desde fines del siglo XIX, recién revelaron su real dimensión una vez avanzado el siglo XX. Sin duda, Rosario ejemplifica bien esa constante del área rioplatense en que el proceso de urbanización se anticipó al crecimiento industrial.

A lo largo del período 1880-1910, el perfil portuario fue la característica sobresaliente de la ciudad. No en vano se afirmaba, al despuntar 1911, que "...la actividad portuaria es, indudablemente, la explicación del crecimiento de Rosario y aun la explicación del Rosario mismo, pues bien puede decirse que cada rosarino vive de su puerto, que éste es el imán que atrae a millares de nuevos pobladores, la vaca que los alienta, el hilo invisible que los une..."⁴.

³ Entre 1887 y 1900, la tasa de crecimiento de la población urbana es proporcionalmente más alta para los extranjeros que para los nativos. Los primeros seis años del siglo XX invierten los términos, en parte como resultado de las migraciones internas originadas en zonas de agricultura tradicional (ciertas áreas de la provincia de Buenos Aires, Córdoba, Corrientes, Entre Ríos y la propia Santa Fe). Durante el período 1906-1910 vuelven a dominar las características de la primera etapa, donde el aporte decisivo al crecimiento demográfico de la ciudad resultó del aluvión migratorio ultramarino.

⁴ *Caras y Caretas*, vol. XIV, N° 690, Buenos Aires, 7 de enero de 1911.

Entre 1887 y 1910 la población rosarina pasó de 50.914 habitantes a 192.278. En esos años los nuevos usos de la tierra urbana se complementaron con una notoria expansión física, en un proceso que terminó diferenciando zonas de antiguo asentamiento de otras marcadamente nuevas. Se trató, en definitiva, de una ciudad que cambió en sus rasgos físicos y, también, de una sociedad en pleno proceso de diversificación. Una misma ciudad alojó dos formas de vida que, sin embargo, no podían ocultar sus mutuas influencias⁵. Por un lado la élite, donde junto a unas poquísimas familias enriquecidas entre 1850 y 1880, se alistaban los extranjeros que pudieron concretar aquello de "hacer la América" y que, sin olvidar ciertas tradiciones criollas, no resistían a dejar de adornarse con el reflejo de la cultura europea, las más de las veces mediada por el filtro de Buenos Aires. Por otro los sectores populares, donde nativos e inmigrantes compartían las dificultades de la subsistencia y las esperanzas del ascenso social, acompañando de algún modo una expansión económica de la que seguramente no sacarían las mayores ventajas.

Entre 1875 y 1890 el tendido de rieles ferroviarios y la aparición de instalaciones portuarias favorecieron el crecimiento radial de la ciudad desde el triángulo de población inicial. Los últimos años del siglo XIX registraron una rápida expansión física hacia el norte, oeste y sur, en general, resultante de las demandas de mano de obra de alguna fábrica, un embarcadero, un horno de ladrillos, un molino harinero o una estación de ferrocarril. En poco tiempo, la planta urbana se fue compactando y los núcleos primarios que crecieron fuera del casco inicial terminaron por transformarse en barrios en permanente construcción. "...todo aparece nuevo en ello... y no hay construcción con más de sesenta años...", decía un viajero, en los primeros años del siglo XX, cuando se refería a este Rosario donde la vivienda elegante y la precaria casa autoconstruida parecían no tener historia⁶.

Desde 1872, el tranvía se ocupó de acortar las distancias que separaban a esos nuevos y puntuales asentamientos de población; como ocurrió en tantas otras ciudades, ese medio de transporte jugó un importante papel en la creación de nuevas zonas de radicación, tanto residenciales como populares. Fue un proceso rápido, donde el escaso control del poder administrador, la falta de reglamentaciones que orienten el crecimiento de la red tranviaria y la indiscriminada concurrencia de compañías que explotaban el servicio incidieron en una permanente ampliación y densificación de la trama. De modo tal que el tendido de nuevas líneas hacia zonas sin población o con escasísima población, la construcción de nuevas casas de inquilinato, la especulación con la tierra urbana mediante el loteo a plazos y las aspiraciones de ciertas franjas de los sectores populares a la vivienda propia unifamiliar convergieron en este proceso de trasvasamiento del primario núcleo residencial y comercial.

En este proceso la geografía social de la ciudad no adquirió perfiles realmente definidos. Aun cuando en la ampliación de la malla urbana es posible demarcar una suerte de ciudad propia y otra de arrabales, Rosario presentó manchas bastante difusas desde un punto de vista social⁷. Aún

⁵ Para un desarrollo de este enfoque véase, José Luis ROMERO, *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, siglo XXI, Buenos Aires, 1970, cap. V.

⁶ Vicente BLASCO IBÁÑEZ, *La Argentina y sus grandezas*, Editorial Española Americana, Madrid, 1910, p. 569.

⁷ La idea de "ciudad propia" y "ciudad de los arrabales", en Armando DE RAMÓN, "Suburbios y arrabales en un área metropolitana: el caso de Santiago de Chile, 1872-1932", en Jorge E. HARDOY y otros (compiladores), *Ensayos histórico-sociales sobre la urbanización en América Latina*, CLACSO-SIAP, Buenos Aires, 1978.

en 1910, el casco inicial albergaba en una misma cuadra a conventillos y respetables residencias; en los nuevos barrios y vecindarios, con menor densidad de población, sólo unas pocas zonas mostraban un claro perfil, ya porque sus pobladores eran en su mayoría obreros de una importante fábrica, ya porque se trataba de un área donde convivían menesterosos, prostitutas, rufianes y mendigos.

1.1. *Los sectores populares*

De alguna manera parece pertinente suponer que los sectores populares rosarinos se encontraban dispersos por todas las áreas pobladas de la ciudad. La información disponible no permite avanzar mucho más sobre este punto; ni el origen ni la ocupación parecen haber sido decisivos en la localización residencial de las "gentes del pueblo". Lo que sí resulta evidente es la significación del perfil portuario comercial de la ciudad en la definición de las líneas dominantes del mercado de trabajo local.

Recién durante la primera década del siglo XX, y con bastante lentitud, fueron apareciendo evidencias de un muy embrionario crecimiento industrial marcado por actividades manufactureras conectadas tanto a la elaboración de productos de consumo como a la construcción. Sus alicientes más distintivos se vincularon a la expansión del mercado interno resultante del crecimiento demográfico, la transformación parcial de los productos de importación y el mantenimiento y ampliación de la infraestructura de transporte. Así, el cuadro "industrial" local resultaba de unas pocas fábricas, algunas de ellas con una importantísima concentración de trabajadores y una infinidad de talleres que salían al paso de las demandas producidas por el proceso de urbanización, no pocas veces afirmadas en discrecionales políticas arancelarias.

De acuerdo al Tercer Censo Municipal (1910), un 30 por ciento de la mano de obra ocupada trabajaba en relación al puerto y los transportes; un 26 por ciento trabajaba en las fábricas y el comercio; el 10,2 por ciento en tareas vinculadas a los servicios, y la edificación ocupaba a un 8,4 por ciento. El resto, aproximadamente un 25,4 por ciento, se repartía entre la administración pública y ese grupo residual para la clasificación censal de la época, pero cuantitativamente muy importante, formado por las "actividades no clasificadas". Son éstos los grupos que integraron el sector mayoritario de la sociedad rosarina, el de los trabajadores, y que junto a sus familias conformaron los sectores populares, las gentes del pueblo.

Entre 1880 y 1910 este sector renovó una y otra vez sus miembros y multiplicó sus formas de inserción en el mercado de trabajo. El sostenido flujo inmigratorio extranjero y, en menor medida, el de las corrientes internas de población ampliaron considerablemente este grupo integrado por obreros especializados y no calificados, estacionales y permanentes, asalariados y por cuenta propia, ambulantes y fijos. Se trató de un conjunto siempre infiltrado por las categorías de desocupado y desocupado estacional, y fuertemente confundido en algunas de sus franjas con grupos vecinos y limítrofes, bien cambiantes en sus modalidades, como fueron el de los abiertamente indigentes o el de las embrionarias capas medias.

Sin duda en estas décadas las relaciones entre capital y trabajo se fueron expandiendo y precisando aun cuando persistieran viejas formas de trabajo autónomo. De todas maneras, dos parecen haber sido los rasgos distintivos del periodo en que se conformó el mercado de trabajo rosarino. En primer lugar, el avance casi simultáneo de las relaciones laborales modernas y otras formas más antiguas, en algunos casos parcialmente renovadas. Si el mundo de los trabajadores sin especialización, vinculado a las tareas portuarias, de transporte o construcción de obras públicas y

privadas no sufrió grandes alteraciones, el de las actividades manuales calificadas o semicalificadas experimentó grandes cambios, no siempre puestos en evidencia en el material estadístico de los censos. En esas ocupaciones, y como resultado de nuevas tecnologías, replanteos en la organización empresarial o reorientaciones en los gustos, se produjeron modificaciones en el tipo de trabajador predominante, en las formas de planeamiento de la producción, en el nivel de la calificación requerida. Un amplio espectro de situaciones diversas tenía lugar: junto a los asalariados puros que, además de no abundar, trabajaban en unas pocas y poderosas unidades productivas, crecía el número de ocupados en pequeños talleres, donde las distancias entre trabajador y capitalista se reducían más que significativamente, y ese complejo grupo de trabajadores por cuenta propia, donde la prosperidad y estabilidad de unos convivía con la pobreza de otros. Entre esas situaciones proliferaron formas intermedias de ocupación como los asalariados que percibían parte de los ingresos en bienes o en vivienda, trabajadores por cuenta propia, que sólo eran propietarios de sus herramientas, los que disponían de algún capital y aquéllos con cierta capacidad para contratar mano de obra. También los empleados y comerciantes formaban parte de estas "gentes del pueblo" y si bien sus ingresos no siempre se diferenciaron sustancialmente del recibido por los trabajadores especializados, parecían ser un grupo que pugnaba por un status y prestigio social que los alejaba de la gran mayoría de los sectores populares.

El otro rasgo característico del mercado de trabajo rosarino es pertinente a las ocupaciones no calificadas y tiene que ver con la movilidad geográfica y ocupacional. Esta característica, que es válida tanto para el trabajo urbano como para el rural, advierte, entre otras cosas, sobre cierta complementariedad entre ambos mercados. De todos modos, para los trabajadores y sus familias esa complementariedad debió haber sido vivida como una alternancia —que no pocas veces incluyó una movilidad entre la rama primaria y la secundaria— dominada por una evidente inestabilidad e incertidumbre ocupacional⁸.

La estacionalidad del trabajo no calificado fue inocultable en las actividades vinculadas al puerto, la cosecha, la construcción y las obras públicas. En este cuadro, la oferta de mano de obra se hizo más elástica y pudo tener consecuencias ruinosas para el nivel de empleo, en especial cuando algunas actividades económicas se detenían por factores coyunturales⁹. De modo tal que el trabajo no calificado tuvo movimientos anuales de acomodación que desde el lado de las ocupaciones implicó cambiar cada año de ocupantes y, desde el lado de los trabajadores, la inevitabilidad de ofrecerse más de una vez por año en el mercado, con el consecuente riesgo de los períodos de desocupación. También es plausible pensar que este movimiento de péndulo haya afectado en alguna

⁸ Por ejemplo, en 1907, un año de malas cosechas, un diario local da cuenta de "...grandes contingentes de inmigrantes (que) se ven reducidas a una vida parasitaria y tortuosa..."; según el diario *La Capital*, Rosario, 12 de julio de 1907. Cinco años antes, en 1902, la campaña agrícola demanda pocos trabajadores y pululan por Rosario entre 2.000 y 2.500 personas sin ocupación, véase diario *La Capital*, Rosario, 11 de julio de 1902.

⁹ No en vano se ha señalado que hasta 1930 "...la expansión rentística determinó una tendencia estructural permanente a la ocupación plena de la fuerza de trabajo resultante del flujo inmigratorio, pero la desprotección típica del capitalismo dependiente argentino frente a las oscilaciones del ciclo económico determinó una desocupación coyuntural particularmente intensa...", Ernesto LACLAU (h.), "Modos de producción, sistemas económicos y población excedente. Aproximación histórica a los casos chileno y argentino", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. V, Nº 2, Buenos Aires, 1969, p. 300.

medida a grupos de trabajadores con cierta calificación; si bien sobre el punto la información no es abundante, los períodos dan cuenta de artesanos que dejan temporariamente sus tareas, atraídos por los salarios rurales comparativamente más altos¹⁰.

1.2. *La élite y la administración municipal*

Por fuera de ese mundo de las gentes del pueblo, de los sectores populares, las huellas de una historia reciente marcaban a la elite rosarina. En efecto, un "patriciado" decididamente advenedizo, crecido sobre todo en las pioneras décadas de 1850 a 1880 cuando la aventura de la riqueza americana no era una ilusión, resumía la efímera historia de ciudad criolla que tenía Rosario. Acelerado y profundo, el proceso de trasmutación que acompañó al impacto inmigratorio advertía sobre lo heterogéneo y contuso de una sociedad urbana donde los lugares preestablecidos y el directo control de cada uno de sus miembros empezaban a ser un dato del pasado¹¹. En su mayoría extranjeros o argentinos de primera generación, estos rosarinos ilustres consolidaron sus posiciones a partir de actividades comerciales, de producción e intermediación agrícola, inmobiliarias o manufactureras; unos pocos dedicándose en especial a alguna de ellas, pero la mayoría combinando varias áreas de inversión o especulación. Se constituyeron como élite, como grupo informal, a partir de su común condición de prósperos hombres de negocios. Fueron ellos los improvisados "señores" de una sociedad urbana donde la eficiencia, el sentido de la oportunidad y no pocas veces el desprejuicio definieron un estilo de vida aventurero que levantó a algunos, hundió a otros y fue un espejismo para la gran mayoría que debió confiar en el trabajo como el camino obligado para resolver las necesidades de su vida cotidiana.

De apellidos poco conocidos y sin tradición, la élite rosarina se reconcentró en el estrecho mundo de su ciudad. La disponibilidad de capital, un buen matrimonio, el ejercicio de ciertas profesiones que pugnaban por lograr un renovado prestigio social o una buena jugada financiera eran las puertas comunes para ingresar a los exclusivos circuitos de la sociedad rosarina. Si bien hubo bruscas caídas y cuidadosos ascensos, más allá de 1890 la "gente decente" de Rosario no parece haber incorporado muchas más familias a sus selectas listas. Fue esa gente decente la que alentó la expansión urbana como un indiscutible testimonio del "progreso" de la ciudad, la que rotó en los cargos ejecutivos o deliberativos del aparato político municipal, la que rubricó con sus firmas las actividades del Jockey Club, de la Sociedad Rural o de algún banco, la que ejerció funciones directivas en instituciones filantrópicas de origen público o privado, la que se propuso hacer valer la condición de segundo puerto nacional a esta ciudad carente de funciones burocráticas y en permanente disputa hegemónica con la ciudad de Santa Fe, capital de la provincia homónima¹².

¹⁰ Sólo como muestra de la importancia de este problema repárese en el comentario del director del Tercer Censo Municipal: "...Rosario es ante todo un mercado de cereales y un puerto de ultramar destinado a la exportación de las cosechas. Como su población obrera vive en gran parte del movimiento del puerto y de los ferrocarriles, durante los meses en que la exportación disminuye o se paraliza, millares de personas tienen que dirigirse a la campaña en busca de ocupación, que generalmente suministra las labores agrícolas. De aquí una corriente emigratoria producida todos los años desde la ciudad al campo y durante unos meses...", *Tercer Censo Municipal*, Rosario, 1910, p. 57.

¹¹ ROMERO, José Luis, op. cit., cap. V.

¹² Hacendados o comerciantes, médicos o abogados, estos personajes se vincularon entre sí; lazos comerciales o familiares anudados una y otra vez fueron tejiendo una cerrada red que buscó marcar los límites de la sociedad distinguida de Rosario. Las biografías de

Sea a través del articulado específico de una ley nacional o de las distintas leyes orgánicas municipales vigentes en el período, la vida política y administrativa de la ciudad quedó en manos de esta élite. Entre 1880 y 1910, sólo un reducido grupo de vecinos participaba en la pugna de un cargo de concejal o de intendente¹³. Era una vida política inocultablemente excluyente desde el punto de vista de sus sectores sociales protagónicos. Si sus filtros se apoyaban en la condición de contribuyente, profesional liberal o alfabetizado —limitando así el espectro potencial de los candidatos—, cuando se trataba del origen la ley registraba el impacto inmigratorio y no establecía diferencias entre nativos y extranjeros¹⁴.

En ese marco, élite social y poder político terminaban confundiendo: había que gobernar una ciudad y administrar el progreso agroexportador evitando los interlocutores más problemáticos. A pesar de las obvias diferencias que distanciaban coyunturalmente a algunos de sus miembros, es posible recomponer las líneas centrales que distinguían la forma en que la élite enfrentó los problemas sociales del brusco crecimiento urbano. Aun cuando el ejercicio de cargos públicos municipales haya sido un medio de reafirmación de su condición de integrantes de la sociedad distinguida o una manera de forjarse un futuro político que excediera las estrecheces de una ciudad sin funciones burocráticas relevantes, el municipalismo que reinó en torno del novecientos pone al descubierto un peculiar sentido cívico de la actividad política. Comandados por los incansables higienistas, los "ilustres" de la sociedad rosarina y el poder político municipal no se propusieron planificar el crecimiento de la ciudad, sino intentar armonizar las demandas urbanas del sistema agroexportador y la asistencia de los sectores populares que el aluvión inmigratorio había expandido notablemente. Los cada vez más peligrosos embates de la cuestión social así lo exigían: la ciudad moderna se abría paso entre la especulación inmobiliaria, una socialmente indiscriminada muerte epidémica y el reconocimiento de ciertas mejoras que asegurasen un umbral de reproducción de la mano de obra en un medio y condiciones laborales y residenciales mínimamente aceptables.

Entre 1880 y 1910 la principal preocupación del gobierno municipal fue la construcción y administración de una red de servicios públicos. A excepción de la pavimentación de las calles —que fue emprendida directamente por el municipio utilizando contratos privados y préstamos extranjeros—, el barrido y recolección de basuras —que era un servicio

cualquiera de ellos, del español Carlos Casado, del hijo de italianos José Castagnino, del argentino Ovidio Lagos, ponen al descubierto la presencia, la más de las veces simultánea, de estas familias en el mundo de las finanzas, del comercio, de la producción agraria, del periodismo, de la política a nivel municipal, provincial o incluso nacional.

¹³ Durante este período, y salvo algunas excepcionales coyunturas, las autoridades del municipio fueron el Concejo Deliberante y un Departamento Ejecutivo. El primero estaba formado por doce concejales, un presidente y un vicepresidente, consagrados por un término de dos años mediante elecciones vecinales; podían ser elegidos ciudadanos argentinos o extranjeros con dos años y más de residencia en el municipio, que supieran leer y escribir el idioma nacional, pagar patente o contribución directa o ejercer alguna profesión liberal. El Departamento Ejecutivo estaba a cargo de un Intendente, nombrado por dos años por el Poder Ejecutivo de la provincia de Santa Fe, con el acuerdo de las Cámaras Legislativas provinciales; debía ser argentino, mayor de 25 años y reunir todas las condiciones necesarias para ser concejal.

¹⁴ En las elecciones de 1909, por ejemplo, sólo fueron emitidos 3.542 votos; más allá de la mayor o menor participación político-electoral de la población que podía hacerla, las excluyentes disposiciones sólo habilitaban ejercitar el derecho de voto al 7,3% de la población.

municipal financiado mediante impuestos— y los servicios de salud —repartidos entre la asistencia pública municipal, la beneficencia particular y las incipientes iniciativas de la medicina privada—, los demás servicios fueron construidos y explotados por compañías extranjeras mediante convenios con el gobierno municipal. Entre ellos estaban los de aguas corrientes, desagües cloacales, alumbrado y tranvías¹⁵.

Entre la precariedad económica del erario municipal y el rápido crecimiento físico y demográfico de la ciudad, el poder administrador funcionó las más de las veces tratando de resolver situaciones que hablan hecho crisis. La acumulación resultante del progreso agroexportador permitió formar increíbles fortunas privadas, pero estuvo lejos de contribuir a la superación de los crónicos déficits del municipio. Más allá de las negligencias administrativas y de algunos confusos manejos de fondos, los recursos municipales eran indudablemente escasos¹⁶. Los gastos se concentraban en cuatro rubros: limpieza pública y maestranza, asistencia pública, obras públicas y pagos de servicios de la deuda¹⁷. Se trataba de prioridades que ponían al descubierto ese singular conflicto, tan propio de muchas ciudades europeas del siglo XIX, entre un pretencioso ornato y un embrionario asistencialismo, entre el orgulloso empeño por tener tal o cual avenida o gran parque y la preocupación por los estragos producidos por la tifoidea o por la obtención de fondos para construir el hospital del municipio. Al menos en forma parcial y particularmente vinculado a los fondos destinados a ciertas obras públicas, ese conflicto también anunciaba algunas tendencias de relocalización de grupos de la élite. De todas maneras, estas tensiones no fueron un dato exclusivo de la historia rosarina. La gran metrópoli argentina, Buenos Aires, y también otras ciudades como Córdoba o Bahía Blanca, compartían estos y otros rasgos dominantes en la definición de la moderna ciudad argentina.

En efecto, el progreso agroexportador parece haber producido un tipo de desarrollo urbano predominantemente comercial y burocrático donde las actividades económicas fundamentales se concentraban en el comercio y el gobierno¹⁸. Este perfil, resultante entonces de funciones residenciales, comerciales y financieras, burocrático-administrativas y sólo en pequeña

¹⁵ Los ferrocarriles, incluso los suburbanos, eran un servicio explotado por compañías privadas extranjeras mediante convenios con el gobierno provincial o nacional. La educación fue básicamente, y desde un comienzo, un servicio provincial y privado; el abastecimiento una actividad privada que el municipio se propuso controlar en todo lo referente a la calidad de los productos y, en ciertas coyunturas, al precio.

¹⁶ Los recursos del municipio se dividían en ordinarios y extraordinarios. Los primeros se originaban en la Ordenanza General de Impuestos y se los utilizaba para pagar sueldos, gastos generales y cobertura parcial de los servicios de la deuda externa ya que en varias ocasiones el propio municipio contrajo empréstitos licitados en el extranjero. Los recursos extraordinarios no resultaban de impuestos; estaban formados principalmente por aportes del gobierno provincial, las recaudaciones por pago de adoquinados y, a veces, los aportes del gobierno nacional.

¹⁷ Los préstamos originados en el extranjero fueron una reiterada alternativa para la financiación de obras costosas; los servicios de esas deudas representaron en 1901, 1904 y 1910, el 25,6%, 22,3% y 13%, respectivamente, del presupuesto general de la municipalidad; los de limpieza y maestranza el 4,7% en 1890, el 19,0% en 1899, el 13,3% en 1901, el 14,2% en 1904 y el 12,0% en 1910. Por su parte los gastos destinados a la Asistencia Pública representaron el 1,7% en 1901, el 8,3% en 1904 y el 10,7% en 1910.

¹⁸ SCOBIE, James R., "Buenos Aires as commercial-bureaucratic city, 1880-1910: characteristics of a city's orientation", en *The American Historical Review*, vol. 77 N° 4, octubre de 1972.

medida industrial —manufactureras—, tendió a acentuar ciertos esquemas ecológicos y sociales propios de una suerte de ciudad tipo, que en líneas generales destacaba: 1) una reducida élite con residencia en pleno barrio céntrico; 2) la radicación de trabajadores inmigrantes en viviendas precarias —los conventillos— del mismo radio céntrico; 3) la progresiva aparición de barrios originados en el traslado de ciertas franjas de los sectores populares con posibilidades de transformarse en propietarios; 4) la estrecha relación tanto desde el punto de vista de las actividades económicas como de los estacionales movimientos de mano de obra con un hinterland agropecuario particularmente dinámico frente a las demandas del mercado mundial; 5) la preponderancia de las actividades de intermediación en muy distintos niveles, desde la empresa comercializadora de bienes primarios con el exterior a la proliferación del pequeño comercio y la venta ambulante; 6) el desarrollo de un embrión industrializador vinculado a la producción agropecuaria y a la elaboración de ciertos artículos de consumo; 7) una socialmente selectiva participación del aluvión migratorio o en el sistema político municipal; 8) una sociedad que reconocía en la propiedad, los ingresos, la educación, la ocupación y, en ciertas ciudades, el linaje de algunos de los elementos diferenciadores entre una reducida élite y vastos sectores populares.

Rosario condensa gran parte de las características de este modelo; tal vez sus peculiaridades tengan que ver con la relevancia de su condición portuaria, de centro comercial y de la reducida significación de sus funciones burocrático-administrativas, limitadas tan sólo al nivel municipal. Este aspecto, desde el punto de vista del enfrentamiento de la cuestión social, tiene indudable importancia; si en relación a ella la postura de la élite rosarina no parece haberse diferenciado mucho de las protagonizadas por sus equivalentes en otras ciudades, el limitado apoyo financiero de la provincia a la gestión municipal es indudablemente su rasgo distintivo. En Rosario no hubo, salvo situaciones excepcionales, políticas subsidiadas por el erario nacional como en Buenos Aires o por fondos de origen provincial, como en las capitales de provincia. En gran medida, el progreso y la miseria del novecientos rosarino resultaron del fruto exclusivo de sus habitantes, tanto de los miembros de la nueva élite comercial y financiera que transitaba por los distintos niveles de la administración local, como de las formas de vida puestas en práctica por los sectores populares.

1.3. *El problema habitacional*

Frente al tema de la vivienda el poder político fue decididamente liberal. Esa perspectiva, donde el funcionamiento del mercado debía autorregularse sin considerar la injerencia estatal, convalidó la apropiación privada de la renta del suelo y de las ganancias resultantes de la acelerada expansión urbana rosarina. Salvo escasas excepciones, la vivienda popular fue blanco de los precios relativos, de las orientaciones de los propietarios y de las compañías de tierras, y de los capitales invertidos en la red tranviaria.

Sin duda el conventillo resultó ser no sólo una forma de renta aceptada socialmente, sino también un negocio generalizado entre los sectores más influyentes del comercio, la industria, las finanzas y entre los profesionales de la sociedad "decente" rosarina. Si bien es posible que hayan existido pequeñas empresas de construcción de casas económicas, la autoconstrucción fue, al menos hasta 1910, la forma más difundida entre los sectores populares que accedieron a la casa propia. Sólo unas pocas iniciativas privadas, tímidamente alentadas desde el poder municipal, buscaron incidir en el mercado de la vivienda popular. Algunas no pasaron de ser

proyectos; otras se concretaron, pero en tan reducido número, que significaron poco o nada en las alternativas accesibles para las gentes del pueblo¹⁹.

El poder municipal fue mucho más reglamentarista en materia de controles sanitarios. Tal perspectiva, si bien tuvo que ver con explícitas políticas vinculadas a la higiene social, aparecía instalada en un discurso más general sobre el qué hacer con el hacinamiento y la sordidez cotidiana del conventillo y, también, con la incontrolada emergencia de insalubres barrios de neto perfil popular.

Confusas y frecuentemente contrapuestas, dos lecturas de la realidad habitacional marcaron la aproximación de la élite y la administración locales. Biológica una, moralizadora y ordenadora la otra, esas lecturas transitaban por el doble carril de la condena absoluta de la vivienda precaria y el deseo de mejorarla. La primera de ellas, dominante en las décadas del ochenta y el noventa del siglo pasado, encontró en el conventillo el espacio donde se incubaban los peligros epidémicos que azotaban a los inquilinos, pero que también eran totalmente indiscriminados desde el punto de vista social. Al comenzar el presente siglo esa visión trasmutó, en general, en un proyecto moralizador del conventillo, donde el reglamento y los nuevos controles mejorarían no sólo el hábitat, sino también, y fundamentalmente, al trabajador y su familia.

Una historia paralela es posible reconstruir en el discurso y las medidas concretas de la élite y la administración frente al rancherío, las casillas y los barrios pobres. Las soluciones drásticas, como la destrucción lisa y llana, convivieron con un sospechoso desconocimiento de esa decisiva parte de la realidad del hábitat popular. Esta supuesta inercia del poder municipal frente a la especulación con la tierra urbana y los loteos indiscriminados apañaba al libre albedrío con que actuó el capital privado: recién a fines de la primera década del siglo XX una ordenanza municipal prohibió la urbanización de nuevas zonas fuera de cierto radio, a menos que se garantice el equipamiento colectivo mínimo.

Más allá del discurso y las políticas de la élite, la realidad situaba a las gentes del pueblo en una cotidianeidad siempre marcada por los desfases entre el crecimiento demográfico y las insuficientes ofertas de alojamiento y servicios básicos, en un mundo de soluciones signadas por la precariedad y el autoesfuerzo.

2. LOS SECTORES POPULARES ENTRE EL CONVENTILLO Y LA CASA PROPIA

Toda aproximación al problema habitacional del Rosario del noventa será claramente parcial si la atención se centra exclusivamente en una evaluación del stock de unidades físicas. En toda ciudad en rápido crecimiento físico y demográfico, la noción de vivienda está indisolublemente ligada a la forma como se produce su desarrollo urbano, a la expansión de sus servicios habitacionales, a su infraestructura de trans-

¹⁹ A mediados de 1889 el Intendente envió al Concejo Deliberante un proyecto de construcción de casas para obreros donde los capitales afectados a tal fin quedaban desgravados impositivamente; sus resultados fueron nulos. Véase *Memoria Municipal 1898-1901*, Rosario, 1901, p. XXIV. De todas maneras, hacia 1910 hay pocos enclaves resultantes de iniciativas privadas localizadas en los barrios de Saladillo, Calzada, Mendoza y Arribillaga; véase *Tercer Censo Municipal*, ob. cit., p. 131.

portes, a la ubicación de los empleos, a la accesibilidad relativa a los servicios y equipamientos colectivos²⁰.

En gran medida, la vivienda es el ámbito donde se realiza la reproducción cotidiana y biológica de la fuerza de trabajo. Allí, la población descansa, prepara sus alimentos, realiza su vida social y, según los casos, puede llegar a trabajar, estudiar, recrearse y hasta nacer. Tres parecen haber sido las formas dominantes de la vivienda popular en Rosario y, tal vez, en el resto de las grandes ciudades del área rioplatense durante el período 1880-1910. En efecto el conventillo, el cuarto de pensión y la vivienda unifamiliar cubrieron un espectro de posibilidades donde se destacaron la especulación inmobiliaria, el peso de los alquileres en el presupuesto familiar, la autoconstrucción de la casa propia y un poder municipal que nunca intervino con proyectos consistentes y significativos en materia de vivienda popular.

2.1. *El conventillo y el cuarto de pensión*

El conventillo o inquilinato consistía en una serie de cuartos de alquiler con una única puerta como medio de comunicación con el exterior servicios comunes muy precarios o casi inexistentes: con seguridad los primeros exponentes de este tipo de vivienda popular se improvisaron en casonas del antiguo casco de la ciudad. A partir de 1880 comenzaron a construirse algunos inmuebles con esa específica finalidad: Así, cuando terminaba la primera década del siglo XX los conventillos cubrían, en distintas densidades, casi todas las zonas pobladas de la ciudad. Esta dispersión estaba relacionada con la descentralización de las fuentes del empleo, con el peso del trabajo domiciliario y las pequeñas unidades productivas, con la ampliación de la red tranviaria y con los costos relativos de la tierra urbana en función del distrito central de la ciudad. Tres fueron, con todo, las áreas de mayor concentración de este tipo de viviendas colectivas: las adyacencias de la zona fabril más importante de Rosario, las de una de las estaciones de ferrocarril y las de la zona inmediatamente contigua a la formada por las veinte manzanas que, recostadas sobre el río, rodeaban a la plaza principal.

La existencia de estas tres áreas se explica por diversas razones; en los casos de la Refinería y la estación del ferrocarril —relativamente cercanos entre sí—, la reducida distancia a los lugares de trabajo es evidente²¹ en el restante sin duda habrá contado su condición de zona residencial donde se concentró, durante las tres décadas, entre un 25 y un 30 por ciento de la población total de la ciudad y que registró su mayor crecimiento entre 1887 y 1906.²²

²⁰ En esta perspectiva de análisis, la vivienda y los servicios habitacionales quedan indisolublemente ligados a conceptos como medio ambiente o hábitat; son ellos los que expresan, en definitiva, las interrelaciones sistemáticas de toda configuración espacial urbana. Véase al respecto, Oscar YUJNOVSKY, *Notas para un marco teórico sobre el problema habitacional*, Documento de Trabajo N° 8, CEUR, Buenos Aires, 1980.

²¹ La Refinería de azúcar daba trabajo a 1.300 obreros y la Empresa de Aguas Corrientes, también localizada en el área, empleaba a más de 100; estos dos establecimientos más los talleres dispersos y las demandas de mano de obra de la estación del ferrocarril y de los embarcaderos del puerto fueron suficiente motivo para darle al norte y noreste de la ciudad un perfil obrero. En 1887, el así llamado Barrio Refinería casi no existía; en pocos años se transformó en una de las zonas más populosas de Rosario con 11.928 habitantes en 1900 y 21.758 en 1906, equivalentes a un cuarto de la población total.

²² Conforme a la información censal, en esta zona vivía el 26,3% del total en 1887, el 30,2% en 1900, el 29,5% en 1906 y el 26,7% en 1910.

A pesar de la escasa información, dos cuestiones aparecen como constantes en la historia de este tipo de vivienda colectiva. Una de ellas destaca el predominio de conventillos que tenían entre cuatro y nueve habitaciones y que representaron en 1895 el 62,9 por ciento del total de edificios afectados a tal uso y el 82.2 por ciento en 1910. La otra pone en evidencia que alrededor de un cuarto de la población rosarina encontraba en los conventillos una precaria solución a sus problemas de alojamiento²³. De todas maneras, estas estadísticas sobre la implantación del conventillo en las formas del hábitat popular necesitan de ciertas precisiones. La fundamental se refiere a la definición de lo que era un conventillo, ya que, si no todos, muchos de los censos e informes municipales tendieron a reconocer como tales a aquellos edificios que contaban con más de cuatro piezas para alquilar. Sin embargo, algunas ordenanzas municipales hablan, genéricamente, de inquilinatos o conventillos cuando se proponen reglamentar normas edilicias o higiénicas. Las ordenanzas no son precisas en la diferencia que existía entre los conventillos pequeños —con menos de cuatro habitaciones— y los cuartos subarrendados, las piezas de pensiones y fondas o, incluso, las casas de familia y los espacios de negocios y talleres que, sólo por la noche, oficiaban como habitaciones.

Respecto de este espectro de posibilidades de alojamiento, algunas de las cuales sólo podían ser utilizadas por el trabajador soltero, la información es tan confusa como escasa. De todos modos, reúne a un conjunto heterogéneo de casos donde seguramente cuentan desde el que disponía de un cuarto más o menos equipado en una casa de familia, donde tal vez también podía hacer una o dos comidas diarias, hasta el neón de limpieza que dormía sobre el piso donde trabajaba. Pasando por la familia hacinada en un conventillo que escapaba a los controles de la inspección sanitaria municipal. La significación y persistencia de esta forma de alojamiento no son despreciables, especialmente en una ciudad donde el impacto inmigratorio ultramarino o los pendulares movimientos de la mano de obra entre el campo y la ciudad destacaban el carácter transitorio e inestable del alojamiento²⁴.

2.2. *La vivienda unifamiliar*

Pero fue sin duda la casa precaria el tipo de vivienda que, junto al conventillo, predominó entre las formas de habitar de los sectores populares rosarinos. De mínimas dimensiones y construida con materiales baratos o de desechos, su extendida y relativamente rápida presencia en las zonas en franco proceso urbanizador —por otra parte casi siempre manejados por capitales privados— resultó de diversas y a veces contradictorias razones. Con su mínimo costo, no fijación en el terreno y posibi-

²³ Según el censo de 1895, un 26,8% de la población total habitaba en conventillos y en 1910 un 23,9%. La tendencia a la baja que anuncia el segundo de esos porcentajes siguió hasta 1930, en razón de los loteos de predios periféricos comprados a cuotas equivalentes o menores al pago del arriendo de la pieza del conventillo.

²⁴ Algunas referencias avalan esta suposición; en 1893 y 1907 hay ordenanzas municipales que prohíben comer y dormir en puestos o depósitos de barracas de frutos; en 1910 el Censo Municipal registra 4.893 pensionistas que vivían como inquilinos en piezas subarrendadas por el inquilino principal; véase el *Tercer Censo Municipal*, ob. cit., p. 124. En relación a este tipo de albergue cuenta también otro movimiento pendular de mano de obra, pero internacional; se trata del vinculado a los trabajadores inmigrantes, "golondrinas", que cruzaban el océano para conchabarse en la cosecha del cereal y retornar a su país de origen. Es de suponer que, al menos los días y semanas que siguieron a la llegada al puerto y que anticipaban el retorno, legiones de trabajadores extranjeros se alojaban en este tipo de cuartos o dormían directamente a la intemperie.

lidades de ampliación, ponían en evidencia ciertas respuestas de algunos grupos dentro de las gentes del pueblo frente a las inestabilidades de su vida cotidiana²⁵. Expresaban, también, los comienzos de la aventura por la casa propia, aventura que debió haber registrado infinidad de derrotados pero no pocos triunfadores. Si bien es cierto que entre estos últimos estuvieron, básicamente, los que gozaban de cierta estabilidad en el ingreso y el empleo y que, incluso, en ciertas coyunturas favorables mostraron cierta capacidad de ahorro, la insistente oferta de lotes pagaderos en varias decenas de cuotas, muchas veces equivalentes al alquiler mensual de la pieza de conventillos, abría esta riesgosa posibilidad a una amplia franja de los sectores populares dispuestos a vivir en una casi total precariedad pero en un lote propio. Las más de las veces autoconstruidas, estas casillas podían, si las condiciones mencionadas perduraban, transformarse en humildes y hasta discretas viviendas unifamiliares; así surgió lo que luego sería una típica casa de barrio, denominada comúnmente "casa del gringo", o "casa chorizo"²⁶. La simplicidad constructiva y la sistematización de la planta ponían en evidencia la emergencia de un tipo de casa familiar expandible y realizable por un individuo con una mínima experiencia de trabajo, una cuchara de albañil, una plomada y un par de andamios.

Con los pisos de ladrillo o tierra, los techos de paja o zinc, las paredes de ladrillo o madera, fueron construidas miles de viviendas con muy distintos grados de precariedad y a veces conectadas a los servicios externos. Esta original y flexible casa de familia se expandió en los barrios y vecindarios del Rosario del novecientos. Sólo disponemos de información incompleta y discontinua sobre los distintos tipos de viviendas unifamiliares existentes; de todas maneras es indudable que la casilla fue una solución habitacional bien difundida y generalizada entre los sectores populares. Según los recursos de sus habitantes, podía ser ampliada y mejorada hasta convertirse en la ya mencionada "casa del gringo" o levantada con materiales perecederos y desechos, mantenerse confundida con los ranchos que daban vida a barrios decididamente indigentes y carentes de todo tipo de servicios. Las casillas —de cuya existencia las fuentes dejan constancia tanto para 1880 como para 1910— tendieron a localizarse en las proximidades del matadero municipal, del puerto, a lo largo de las barrancas ribereñas al río Paraná, en las cercanías de los talleres del ferrocarril y de las grandes fábricas e incluso en ciertos enclaves céntricos cercanos al río. Estaban ubicadas en terrenos baldíos, públicos o privados, de escaso valor para la época, cercanos a los centros de trabajo. Con frecuencia eran destruidas por el gobierno municipal alegando razones de higiene y seguridad públicas. Sin embargo, esos compulsivos desalojos no hicieron más que agravar la situación de las rancherías cercanas hacia

²⁵ Otra vez es necesario insistir en las fluctuaciones ocupacionales campo-ciudad, en los momentos de desocupación y, para este punto particular, la siempre presente posibilidad de pérdida de la propiedad del terreno debido a los leoninos sistemas de hipotecas.

²⁶ Se trataba básicamente de una planta simple con dos habitaciones de igual tamaño, sin uso definido, alineadas y recostadas sobre una de las paredes medianeras de un angosto lote urbano de 8,6 m de frente y fondo variable, con la cocina adosada y un inodoro a continuación de las habitaciones principales. Una galería de unos dos metros comunicaba, por el exterior, a los sucesivos ambientes convirtiéndose en lugar de estar y de actividades generales, especialmente durante los meses cálidos. Entre la galería y la segunda medianera existía un pasaje sin techos que comunicaba el frente del lote con sus fondos, donde no faltaban los árboles frutales, el huerto, el jardín y el gallinero. Para esta temática, especialmente desde un punto de vista arquitectónico, véase Ernesto YAQUINTO y Carlos CAPOMAGGI, "Reflexiones sobre una tipología de vivienda en Rosario (1880-1930)", en *Documentos de Arquitectura Nacional y Americana*, Instituto Argentino de Investigaciones en Historia de la Arquitectura, N° 10, Resistencia, Provincia de Chaco, Argentina, 1980.

donde se dirigían los habitantes desplazados, o favorecer el surgimiento de otras, contribuyendo de ese modo a la progresiva ampliación de la periferia rosarina.

En su búsqueda de la vivienda unifamiliar, algunos grupos, dentro de los sectores populares, compraron lotes pagaderos a plazos, alquilaron lotes sin ningún tipo de edificación o se instalaron ilegalmente en terrenos desocupados. En ciertas ocasiones la tenencia legal del lote fue condición necesaria para encarar todo progresivo empeño de mejoramiento y fijación de la unidad habitacional. En otras, el carácter de "invasores" traía implícito un fuerte sesgo de provisoriedad que, junto a otras razones, incidía en la persistencia de las precarias características del insalubre rancho suburbano. No faltaron, en fin, los casos donde la ocupación ilegal anticipó y permitió la incorporación paulatina de mejoras, facilitando la transformación de los invasores en reconocidos inquilinos o futuros propietarios comprometidos al pago del lote en cuotas. Sea como fuere, todos estos casos se articularon a un proceso donde jugaron un decisivo papel no sólo la apropiación privada de la tierra suburbana, previa a la expansión física de la ciudad, sino también la especulación inmobiliaria, que incidió significativamente en casi todas las zonas de reciente ocupación, aun en las más precarias²⁷.

En este abanico de alternativas emergieron los barrios donde las viviendas unifamiliares fueron la forma de albergue más difundida entre los sectores populares. Hubo, claro está, situaciones bien extremas. En el barrio de la Quema de las basuras la población vivía en sórdidos ranchos, entre los residuos recogidos en el área urbana y algunas industrias insalubres; y criaban cerdos destinados al consumo ciudadano. Otros casos, como el del barrio Las Latas, descubre las peculiares fases de conformación de estos asentamientos; en apenas unos años su inicial característica de zonas, en cierto sentido marginales, se diluía y terminaban tejiendo las típicas historias de los populares vecindarios del novecientos rosarino. "... El barrio Las Latas lo fundaron indigentes a quienes la existencia en el radio de la ciudad hízoles imposible. Con latas y sin pagar el terreno construyeron sus casas y evitaron el más insoportable de los enemigos: el casero. Poco duró esa felicidad. Tras de ellos se instalaron los obreros que no podían darse el lujo de vivir en el centro, y tras de los obreros, la especulación, con todo su séquito de malas artes, en el preciso momento en que los más tranquilos se creían los dichosos 'lateros'. Desde entonces, las higiénicas casillas de latas primitivas empiezan a ser reemplazadas por cuartos de dudosa seguridad, de escasísimas dimensiones y de relativo elevado alquiler. Hoy la población del barrio Las Latas es laboriosa; emplea su vigor en fábricas y talleres de las inmediateces y se recrea, a falta de comodidad, con aire puro, cuando hay viento, porque momentos desastrosos para la higiene colectiva se suceden a menudo. El característico barrio Las Latas es ahora un pueblecito con todas las de la ley para progresar. Tiene calles delineadas, alguna que otra casa de material y mucha tendencia a modernizarse. Como en su seno se especula, existen más arrendatarios que propietarios. Tal causa obliga a los desheredados, en la amplia

²⁷ Un aviso de fines de la década de 1880, decía: "Terrenos y terrenitos. Para los pobres sumamente baratos y en condiciones de pago equitativas... al contado para los que puedan pagar y a plazos para los pobres...", en diario *El Municipio*, Rosario, 6 de diciembre de 1888. Un informe de mediados de la década del treinta, historiando la vivienda precaria en Rosario, habla de lotes pagaderos hasta en 100 cuotas al momento de despuntar el siglo XX; véase Juan Carlos ALVAEZ, "Proyecciones de la mala vivienda", en la revista *La Habitación Popular*, N° 12, Buenos Aires, 1936.

acepción de la palabra, a cobijarse en coches de tranvías, ligeramente modificados..."²⁸.

Esta elocuente descripción que un contemporáneo hizo del barrio Las Latas destaca cómo el rancho, la casilla, la casa de material y hasta el cuarto del conventillo disimulado se mezclaban en su localización. Sin duda, eran muchos los factores que incidían en la emergencia de este tipo de barrios o vecindarios, una suerte de satélites no siempre bien comunicados con el centro de la ciudad. Sólo en parte el sostenido crecimiento demográfico quedaba reflejado en el aumento del número de conventillos; en ciertas coyunturas, las casillas y los ranchos aparecían como hongos en las zonas populosas de la periferia rosarina. El Tercer Censo del municipio, realizado en 1910, registró 3.800 ranchos y casillas más que el Segundo Censo Municipal de 1906; su sola existencia, decía: "...demuestra que muchos de los recién llegados han tenido que alojarse provisoriamente, de cualquier modo y en cualquier parte, armando con barro o cajones de lata vieja un reparo contra la intemperie. La edificación, con ser intensísima, no basta para cubrir las necesidades de la inmensa ola inmigratoria..."²⁹.

Entre la casi total ausencia de planificación y la siempre presente especulación particular con la tierra urbana, la ciudad ampliaba su trama física y los equipamientos colectivos quedaban las más de las veces rezagados frente al incesante aumento de población.

2.3. *Problemas y experiencias vinculadas a la vivienda popular*

La pavimentación de las calles, la recolección de basuras y las obras de salubridad no se expandieron en forma igualmente pareja y eficiente por toda la ciudad. El informe que presentaba los resultados del censo de 1910 ponía en evidencia el accionar del poder municipal frente a los requerimientos de las áreas de reciente ocupación. Su autor comentaba, sin tapujos, que "...un censo de edificios es, unido a la cifra de mortalidad, el mejor medio de conocer si la ciudad se encuentra o no en buenas condiciones higiénicas y si es necesaria la inmediata intervención de las autoridades. Del levantado en 1910 resulta que no son los barrios centrales los más habitados, y que la atención que se les presta no está en relación con los beneficios que ese cuidado reportarla a la salubridad general..."³⁰.

En efecto, dado que la provisión de estos servicios no siempre se dio de manera sincrónica, hubo inevitables complicaciones, propias de la coexistencia de sistemas tradicionales y modernos. En ese contexto —y tal como se verá más adelante— ciertas novedades no hacían más que agravar coyunturalmente un cuadro de creciente peligrosidad epidémica, resultante del desbalance entre equipamientos colectivos y presión demográfica³¹. No sólo hubo zonas mejor servidas y provistas³², sino también fueron

²⁸ Años antes, en 1900, el Intendente denunciaba en su Memoria la especulación reinante en el precio de alquiler de los terrenos periféricos e incluso de las casillas; *Memoria Municipal de Rosario*, 1906-1908, Rosario, 1909, p. 46, y *Monos y Monadas*, Rosario, 4 de mayo de 1911.

²⁹ *Tercer Censo Municipal*, ob. cit, p. 125.

³⁰ *Ibid.*, p. 123.

³¹ Es el caso de los servicios de agua corriente, originados en 1887 y con una expansión no acompañada con la de cloacas. Como es obvio su permanente ampliación tendió, al menos en forma parcial, a relativizar el uso de los aljibes y la compra de agua a los aguateros. La mayor abundancia de agua sin el servicio complementario que facilite la evacuación de las servidas elevó la contaminación y saturación de los pozos; recién en

distintas las condiciones en que las diversas formas de vivienda popular permitían un usufructo, real o potencial, de tales servicios colectivos. Este problema se inscribe, evidentemente, en una temática más amplia —poco o nada transitada por la historiografía argentina— que hace referencia a las maneras en que organizaron su vida los sectores populares urbanos del novecientos.

En general, y especialmente para los años de progresiva implantación de los equipamientos colectivos en la zona céntrica, se suele relacionar al conventillo con la posibilidad de hacer uso de tales servicios mientras que la casa suburbana es vista como una superación del hacinamiento. Esto es parcialmente cierto. Analizada a todo lo largo de las décadas en cuestión, el tipo de vida cotidiana posible de llevar adelante en uno y otro tipo de vivienda mostró sugestivos matices.

El hacinamiento fue un rasgo distintivo y definitorio del conventillo; habitaciones sin aire y sin luz, con notorias deficiencias sanitarias y un mobiliario más que reducido dibujaban un cuadro de precarias condiciones de habitabilidad. Si bien las informaciones estadísticas, tanto en 1880 como en 1910 dan cuenta de una media de tres habitantes por cuarto de conventillo es obvio que tales porcentajes ocultan una amplia gama de situaciones diversas. A todo lo largo de las décadas del ochenta y del noventa, la prensa denunció, insistentemente, la existencia de habitaciones ocupadas por 7 u 8 personas y, aún en 1910, el censo municipal consignaba que más del 32 por ciento de la población que habitaba en conventillos lo hacía en piezas compartidas por más de cuatro personas³³.

Este cuadro se agravaba significativamente cuando la precariedad, insuficiencia o directamente inexistencia de servicios sanitarios transformaba a los conventillos en verdaderos focos de incubación de enfermedades infecciosas. Hacia fines de la década del ochenta eran comunes las denuncias sobre la falta total de letrinas en las casas de inquilinato. En 1910, cuando las ordenanzas municipales que obligaban a la instalación de baños ya llevaban más de una década de existencia, el 10 por ciento de los conventillos no los tenía y un 66 por ciento disponía sólo de uno, que debía ser usado por más de veinte personas³⁴.

1900, cuando el sistema de cloacas comenzó a expandirse, la mortalidad empezó a descender y se hicieron visibles los beneficios de las obras de salubridad. Véase sobre el tema, Gabriel Carrasco, *Los progresos demográficos y sanitarios de la ciudad de Rosario de Santa Fe, 1867-1906*, Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, Buenos Aires, 1907.

³² Un ejemplo, entre tanto, de las últimas décadas del siglo XIX, es expresivo: "no se explican... los esfuerzos de toda la atención municipal casi exclusivamente en aquellos barrios (de la zona oeste), sino atribuyéndoles un propósito especulativo sobre el valor de la tierra...", diario *El Municipio*, Rosario, 3 de noviembre de 1887.

³³ *Tercer Censo Municipal*, ob. cit., p. 127. Décadas atrás, a fines de la del ochenta, un diario local incluía un comentario como éste: "...el deseo de obtener generosos réditos para el capital invertido, deseo que hemos visto desarrollarse y crecer de una manera alarmante en estos últimos tiempos, ha dado origen a una multitud de viviendas con capacidad para 40-50 personas, donde habitan hasta 100 individuos repartidos en cuartos pequeños a razón de 7 y 8 personas por covacha...", diario *El Municipio*, Rosario, 19 de julio de 1887.

³⁴ Para la primera década del siglo XX, el Tercer Censo Municipal consigna que más de la mitad de los conventillos no estaban conectados al sistema de cloacas, véase *Tercer Censo Municipal*, ob. cit., p. 128. Otras referencias sobre el tema en el diario *El Municipio*, Rosario, 28 de agosto de 1887: "...un conventillo cercano a la usina de gas se compone de 20 cuartos techados de paja y en el que a falta de letrina en el mismo conventillo, una zanja hace las veces de aquélla...".

El número de viviendas servidas con agua corriente registró un avance importante al despuntar el siglo XX. Todavía hacia fines de la década del ochenta el consumo de agua de pozo mantenía a ese bien como mercancía mediante la cual lucraba el aguatero o especulaba el encargado del conventillo³⁵. Una ordenanza de 1887 obligaba a los dueños de inquilinatos a conectarlos a la red de agua corriente. Esta medida fue decisiva en la aparición de grifos interiores en estas viviendas colectivas, pero su consumo cotidiano estuvo fuertemente condicionado por el hecho de ser pagado y controlado por el dueño o encargado del conventillo³⁶. Así, aparecieron toda una serie de prácticas cotidianas —de las que no da cuenta la simple presentación de la estadística de casas conectadas a la red de agua corriente o al sistema de cloacas— en torno de las cuales es posible, y necesario, repensar el impacto de los modernos equipamientos colectivos en el "tiempo corto"³⁷. Con ese enfoque también deberían abordarse los avatares vinculados a la preparación de las comidas —unas veces en el patio y otras directamente dentro del cuarto donde se dormía— no sólo en función de la incomodidad de cocinar en un pequeño brasero a carbón, sino también del tipo de comidas posibles de llevar a cabo con tan precario equipamiento doméstico. El panorama se complica aún más cuando se considera que muchos cuartos también cumplieron las funciones de improvisados talleres donde desarrollaban sus tareas los trabajadores por cuenta propia o a domicilio³⁸.

En efecto, es en el nivel de lo cotidiano que la pugna por el acceso al agua potable y otras tantas situaciones encontraron en el patio o corredor del conventillo su inevitable espacio de realización. La obligatoriedad, cuando existía, de compartir el grifo, la pileta para lavar, la sogá para tender la ropa, la ducha o la letrina fueron motivo de frecuentes conflictos entre vecinos. Sin embargo, fue también en ese patio donde los inquilinos tejieron redes de solidaridad y compartieron el baile dominical³⁹.

³⁵ "... en un solo pozo" —decía *El Municipio*— tienen que abastecerse todos los moradores de la casa por medio de sogas y baldes y con todo el trabajo consiguiente y apenas si extraen el agua indispensable para aquellos servicios imperiosos del día. Ninguno la extrae para derramarla en la limpieza del patio común, ni siquiera del estrecho recinto donde duerme, come y trabaja. Llega un día en que el pozo se agota ya sea por el continuo servicio, ya sea por la bajante del río que suele durar hasta dos o tres meses consecutivos. Entonces no se usa más que el agua puramente necesaria para no sufrir sed...", véase diario *El Municipio*, Rosario, 21 de octubre de 1887.

³⁶ Una memoria municipal denunciaba a los dueños y encargados de conventillos conectados a la red de agua corriente por contador que "...en su afán de economizar limitan en más de lo tolerable el gasto de este líquido...", *Memoria Municipal 1906-1908*, ob. cit., p. LXVI.

³⁷ Durante bastante tiempo fue común la práctica de arrojar "las aguas servidas de las casas a la vía pública. Muchas veces esto ocurre, porque las casas están mal hechas, sin sumidero, y otras, porque los encargados o los dueños prohíben a los inquilinos que echen las aguas a los sumideros para que estos no se llenen...", *Memoria Municipal 1910*, Rosario, 1911, p. 271.

³⁸ Son muy abundantes las referencias al trabajo domiciliario, por cuenta propia o no, de costureras, planchadores, armadoras, sastres, remendones de ollas, etc.

³⁹ La literatura y el teatro de la época registraron su importancia: "...el patio del conventillo está animado por el ir y venir de hombres, mujeres y niños que luciendo sus "pilchas domingueras" hablan, ríen y cantan o van de puerta en puerta, 'matando el rato', sin sentarse por no ajar el lujo...", en Carlos SURIGUEZ y ACHA, *La Comedia Social*, Rosario, 1900, p. 4.5.

Entre la ilusión de la casa propia y las deficientes condiciones de habitabilidad, la vida de los inquilinos de los conventillos parece haber transcurrido sin demasiados sobresaltos; no se produjeron conflictos sociales significativos y aun cuando no faltaron presiones por lograr mejoras parciales en los edificios y todo tipo de maniobras para dilatar el pago del alquiler, el problema habitacional no concitó la atención de los grupos políticos que pugnaban por la representatividad del campo popular. Si es evidente que las luchas por el salario o la reducción de la jornada laboral fueron recurrentes banderas de convocatoria por parte de anarquistas y socialistas⁴⁰, el mundo del consumo y especialmente el de la vivienda, transitaron curiosamente por el doble carril de la inercia y la indiferencia. Es posible conjeturar que la ausencia de protestas estuviera ligada a la inseguridad inherente a la condición de inquilino, que con frecuencia podía devenir en la de desalojado⁴¹. También parece haber sido bastante generalizada la idea de que el conventillo era, o debía ser, sólo la etapa anterior a la obtención de una vivienda propia y digna. Sea como fuere, es obvio, entonces, que esta imagen de vivienda puramente transitoria e insegura debió haberse erigido en freno de cualquier movimiento social de protesta, vinculado a las indudablemente malas condiciones de habitabilidad. No obstante, en 1907, y como eco del conflicto que protagonizaran los inquilinos en Buenos Aires, los de Rosario se organizaron y fueron a la huelga exigiendo "...la reducción de los alquileres excesivos y del autoritarismo de los encargados de cobrarlos..."⁴². Si bien el peso del gasto en alquiler de la vivienda siempre se movió en torno del 30 por ciento de los ingresos de un trabajador, el año 1907 fue particularmente crítico y se registró un importante aumento en los impuestos municipales y territoriales, aumento que los propietarios de conventillos trasladaron a los precios de los alquileres⁴³. Los avatares del conflicto, donde no faltaron la intervención policial y el desalojo, distan de sugerir un triunfo por parte de los inquilinos. Tal vez en algunos conventillos el tiempo permitió lograr mejoras parciales. Con todo, y a juzgar por las fuentes fechadas, una vez entrada la década del treinta dominan las descripciones de conventillos signados por la precariedad y el alto costo del alquiler.

Durante todo el periodo analizado, la vida en el conventillo, especialmente en los ubicados en el radio céntrico, si bien no estuvo marginada de los posibles beneficios que resultaban de una relativa cercanía a los

⁴⁰ PIANETTO, Ofelia y colaboradoras, *El movimiento obrero en Rosario, 1880-1910*, s/f, trabajo mimeografiado, cap. 4.

⁴¹ Comentando el caso de la huelga en Buenos Aires, Suriano apunta la facilidad con que el propietario recurría a la justicia y lograba el desalojo; véase al respecto, Juan SURIANO, "Un movimiento social desde el mundo del consumo: la huelga de inquilinos de 1907", en Diego ARMUS, María Elena LANGDON y Juan RIAL (compiladores), *Sectores populares y vida urbana*, Ediciones CLACSO, Buenos Aires, 1984.

⁴² Según diario *La Nación*, Buenos Aires, 19 de septiembre de 1907. Una fuerte alza de los rubros básicos del gasto familiar explicaba esta reacción instalada en el mundo del consumo; junto al de los alquileres se produjo una estampida de los precios de la carne, la leche y el pan, por lo que no faltaron reclamos de intervención del poder municipal en el mercado; véase *Memoria Municipal 1906-1908*, ob. cit., p. LV.

⁴³ *Ibid.*, p. XIII, "La percepción del impuesto general, que estaba basado en la clasificación del ramo por negocio, fue sustituido por el fundado en el porcentaje de la renta producida por la propiedad... modificación ésta que entró a regir por la Ordenanza General de Impuestos de 1907". Otras referencias en diario *La Nación*, Buenos Aires, 27 de septiembre de 1907: "...muchos obreros con familia apenas ganan 75 pesos por mes y tienen que pagar alquileres de 20 y 25..."

centros educativos, de salud o de abastecimiento, no pudo desprenderse del estigma del hacinamiento, la promiscuidad y la incertidumbre. Hubo, es cierto, historias que registraron cierta movilidad vertical hacia la condición de familias con casa propia; pero sin duda abundaron las historias de inquilinos sólo matizadas por los cambios de conventillos en una suerte de movilidad exclusivamente horizontal. Los desalojos fueron frecuentes entre 1880 y 1910. Algunos resultaron de las políticas de prevención anti-epidémica e higiene social impulsadas por el poder municipal; otros —tal vez la mayoría— fueron resultado de alquileres impagos. En ambos casos, el traslado de los desalojados a otro conventillo llevaba consigo la imprevista de un aumento del hacinamiento y la reafirmación de la transitoriedad como constante en la vida de los inquilinos.

La vida cotidiana protagonizada por los rosarinos que habitaron en viviendas unifamiliares fue bastante más matizada que la de los inquilinos de conventillos. Variadas experiencias acompañaron el proyecto, generalmente familiar, de abandonar el centro y dirigirse a zonas que, con el tiempo, se transformarían en barrios bien integrados a la vida ciudadana. Conviene apuntar, sin embargo, que al finalizar la primera década de este siglo eran muchos más los vecindarios y las cuadras parcialmente construidas que los barrios verdaderamente constituidos.

Sembrada de desencantos y resignaciones, esta experiencia presentó situaciones muy diversas. Algunos, apoyándose en la estabilidad de su empleo e ingresos, aprovechaban las ofertas de los rematadores que habilitaban a la posesión una vez abonada la primera cuota, otros pagaban al contado luego de años de ahorro, y muchos seguían siendo inquilinos, pero en una casa que, supuestamente, los alejaba del hacinamiento del conventillo. De todas maneras, las ventajas comparativas de la vivienda unifamiliar deben ser vistas a lo largo de un proceso. Sin duda, el lote de la periferia permitía cuidar una huerta o un corral que, eventualmente, complementaría o diversificaría la dieta cotidiana y, en consecuencia, reducir los gastos de alimentación⁴⁴. Pero es necesario remarcar que esta complementariedad no fue, necesariamente, estable ni gratuita; registró oscilaciones durante los doce meses del año y demandó de cierto trabajo familiar que, en definitiva, posibilitaba orientar el gasto monetario hacia otras prioridades.

Una de ellas, tal vez la más generalizada, fue la progresiva construcción de la vivienda propia. Para la mayoría de los propietarios del lote suburbano o barrial, la ampliación, y permanente mejoramiento de su precaria vivienda inicial debió ser una de sus principales preocupaciones. El tiempo libre fue de algún modo un tiempo dedicado a la autoconstrucción de la vivienda familiar. Diversos viajeros extranjeros de comienzos de siglo comentaban que se necesitaban varios años, quizás quince, para poder completar discretamente la tan ansiada casa propia. Por detrás de esta experiencia —que insumía años decisivos en la vida productiva del trabajador y convocaba también a su familia y a vecinos— es posible vislumbrar el significado que tenía la idea del autoesfuerzo, no sólo como

⁴⁴ Véase al respecto, "Nota de la inspección elevando informes sobre las investigaciones de la condición económica de las clases obreras", en *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo* Nº 21, Buenos Aires, 1912.

La tradición campesina del aluvión inmigratorio converge en estas prácticas y potencia aún más estos rasgos de la casa unifamiliar de la periferia. Para el específico caso de Buenos Aires, véase, James ScoBut, *Buenos Aires, del centro a los barrios, 1870-1910*, SOLAR/HACHETTE, Buenos Aires, 1977, cap.V, y Leandro GUTIERREZ, "Condiciones de la vida material de los sectores populares en Buenos Aires: 1880-1914", en *Revista de Indias*, vol. 4, Nº 163, Madrid, 1981.

instrumento de concreción de la vivienda decente, sino también como una forma de forjarse cierta respetabilidad⁴⁵.

Visto a lo largo de un ciclo de vida familiar, la capacidad de ahorro de estos trabajadores debió necesariamente complementarse con su capacidad de esfuerzo. Así, las diversas alternativas de construcción de la vivienda unifamiliar —desde el rancho miserable a la discreta casa "chorizo"— cobijó miles de historias y experiencias puntuales marcadas tanto por la desilusión como por el sacrificio. Con todo, la casa propia fue, para importantes sectores la primera etapa de la aventura del ascenso social y, tal vez, la única.

El barrio, el vecindario y la cuadra constituyeron un renovado espacio de sociabilidad donde se fueron entrelazando solidaridades, vínculos y jerarquías; con diferencias según las zonas, hubo, no obstante, cierta común heterogeneidad social que aparecía como un rasgo distintivo de estos nuevos asentamientos. El empleado de oficina, el trabajador especializado, el jornalero ocasional se cruzaban una y otra vez con los habitantes de alguna elegante residencia; podían comprar carne o pan en el mismo lugar, pero cada uno reconocía la existencia de status diferenciados.

El almacén de ramos generales y el boliche fueron los lugares iniciales de encuentro e intercambio, especialmente entre los sectores populares⁴⁶. En las zonas más densamente pobladas aparecieron los comercios, alguna iglesia, la estafeta postal e incluso alguna Sociedad de Socorros Mutuos formada por vecinos de la zona⁴⁷. Eran núcleos de relativa independencia que se conectaban con el casco céntrico a través del tranvía a caballo o eléctrico y de las calles de tierra⁴⁸. Durante un tiempo las áreas que mediaban entre esos nuevos vecindarios y el centro no fueron más que desolados parajes que, en pocos años más, la especulación inmobiliaria se encargaría de lotear y poblar⁴⁹.

⁴⁵ Extremando este enfoque, Gaudie estudia el caso inglés y relaciona las luchas por la reducción de la jornada laboral con la ampliación del tiempo disponible para el auto-esfuerzo; véase Enid GAUDLE, *Cruel habitations. A history of working-class housing, 1780-1918*, Londres, 1974.

⁴⁶ "...en medio de Arroyito (un vecindario rosarino en franco crecimiento, al norte de la ciudad) donde acudían payadores, tahures, cuchilleros, guapos y caudillos que se mezclaban con quinteros, chacareros, albañiles, troperos y demás gente... mis padres tenían un negocio amplísimo que era una panadería, salón de baile, billar, etc.; también tenía otras habitaciones para jugar a los naipes..."; entrevista oral a Justo Palacios, en Héctor ZINNI, *El Rosario de Satanás*, Rosario, 1980, p. 153. La abundancia de lugares de expendio de bebidas alcohólicas —los boliches— es ostensible tanto en el centro como en los barrios y suburbios; véase sobre el tema, *Tercer Censo Municipal*, ob. cit., p. 28 y mapa correspondiente.

⁴⁷ Es el caso de la Cosmopolita de Socorros Mutuos, véase al respecto *Tercer Censo Municipal*, ob. cit., p. 174.

⁴⁸ "...todos estos núcleos (se refiere a Echesortu, Arroyito, Sorrento, Alberdi y otros) son ramas aisladas del gran árbol del Rosario... formarán más tarde o más temprano un todo único con la ciudad, unidos entre sí por las anchas arterias que establecen las relaciones diarias del tráfico...", decía un folleto propagandizando un loteo masivo en la zona del Saladillo, *Barrio Saladillo*, Rosario, 1905, p. 2.

⁴⁹ "...tomar el tranvía 8 (que llevaba al Saladillo, una zona en plena urbanización hacia 1905-08) era ir a otro mundo... era navegar... se navegaba por los rieles: yuyos a la izquierda, yuyos a la derecha...", entrevista a Alberto Mantica, en Héctor ZINNI, ob. cit., p. 149.

Hacia mediados de la primera década del siglo XX se estimaba en un 85 por ciento del total a la población que residía en zonas, de algún modo servidas por la red de agua corriente⁵⁰. Este cuadro alentador, que gradualmente incorporaba a nuevos barrios del municipio, no se correspondía con la precariedad y modestia del sistema de cloacas. El Censo de 1910 dio precisa cuenta del desfase entre ambos servicios, y las pocas estadísticas que permiten delinear la geografía social de ciertas enfermedades insisten en el mayor impacto de la fiebre tifoidea y la tuberculosis en las zonas de reciente asentamiento⁵¹. Ciertamente se trataba de barrios donde las cloacas y otros servicios eran deficitarios o directamente inexistentes; hacia 1910 unos pocos vecindarios faltos de equipamientos colectivos encontraron en la escasa población un transitorio paliativo frente a las enfermedades más difundidas. Pero, para esa misma fecha, otra era la realidad de los barrios ya conformados, especialmente en el norte y noreste de la ciudad; en ellos, que cargaban con las demandas de mano de obra requeridas por el limitado crecimiento manufacturero-industrial y comercial de la ciudad, se combinaron los viejos problemas del hacinamiento y una casi total ausencia de servicios urbanos. El barrio Refinería, y sus adyacencias, donde se concentraba cerca de un cuarto de la población de Rosario al momento del Tercer Censo Municipal de 1910, tenía agua corriente, pero carecía de cloacas, pavimentos y recolección de basuras. Allí, los conventillos se mezclaban con los ranchos, las casillas y una que otra casa "chorizo"⁵², en un malsano ambiente urbano. La prensa local decía en 1903, que "...el estado del barrio es lamentable, las calles son verdaderos pantanos y todo atenta contra la salud de sus habitantes..."⁵⁴ Dos años más tarde el mismo diario advertía sobre la paradoja de esta zona de la ciudad que, sugestivamente, incluía a la "...vanguardia del progreso de Rosario según lo indican las numerosas chimeneas de las fábricas y, sin embargo, es el barrio más sucio y antihigiénico y más abandonado por la acción municipal (donde), cientos de hombres, niños y mujeres viven en las casas de inquilinatos ..." ⁵⁵. Pero tampoco las casas unifamiliares lograron evitar el hacinamiento, que terminó confundiendo con las durísimas condiciones de trabajo reinantes y una riesgosa insalubridad. Su resultado no fue otro que tasas de mortalidad general e infantil, indiscutiblemente altas para la época⁵⁶. No tan denso demográficamente como el de la Refinería, pero con seguridad mucho más patético en otros aspectos era el cuadro que presentaba el barrio de la Quema de basuras, donde la tasa bruta de mortalidad era del orden del 50 por mil". Esta tasa y la del

⁵⁰ *Memoria Municipal 1906-1908*, ob. cit., p. LXIX. De todas maneras, tanto en ciertos enclaves del centro como en zonas no comprendidas dentro del radio servido, la población se surtía del agua de pozos, semisurgentes, accionados por bombas movidas por el viento; véase Gabriel CARRASCO, ob. cit., p. 196.

⁵¹ PIÑERO GARCÍA, Pedro, *Estadística de morbilidad y mortalidad infectocontagiosa, años 1872-1924*, Rosario, 1925, p. 2.

⁵² "...habéis observado cómo vive el obrero en Refinería?, el conventillo y la casilla son sus palacios...", en *Monos y Monadas*, Rosario, 11 de junio de 1911.

⁵³ "...rara, rarísima es la vivienda que reúne allí las más primordiales exigencias de la higiene...", en diario *La Capital*, Rosario, 12 de junio de 1946.

⁵⁴ *Ibid.*, 4 de agosto de 1903.

⁵⁵ *Ibid.*, 5 de mayo de 1905.

⁵⁶ Según el Tercer Censo Municipal, el barrio de la Refinería y sus adyacencias presentaba tasas de mortalidad general del orden del 22,6 por mil y de mortalidad infantil del 77 por mil; véase, *Tercer Censo Municipal*, ob. cit., pp. 63 y 66.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 62.

barrio de la Refinería y de sus adyacencias —que rondaba en torno del 33 por mil— incidían de manera notable en la mortalidad media general de la ciudad, hasta ponerla a la cabeza de las más importantes ciudades argentinas⁵⁸.

A los problemas de salubridad y hacinamiento, estos barrios sumaban la distancia a los servicios educativos, de salud y de abastecimiento. La gran mayoría de los nuevos asentamientos compartió estos problemas de accesibilidad, muchas veces agravados por el costo e ineficiencia de la red tranviaria⁵⁹. Pero, y retomando el ejemplo del uso del agua en el conventillo, en un barrio como la Refinería, incorporado según las estadísticas oficiales al área afectada a la red pública de agua corriente, el usufructo cotidiano de ese servicio plantea muchísimos interrogantes. Un ejemplo es clarificador. Así como la existencia de grifos compartidos por varias casas y familias permite suponer no sólo diarias tensiones y conflictos, sino también inevitables problemas de acarreo o singulares prácticas de higiene, los cortes de agua favorecían —especialmente en el verano— el desarrollo de procesos patológicos incubados en las cañerías, quitándole o reduciéndole de ese modo potabilidad al agua de consumo. Y no sólo eso, ya que la eventual utilización del agua de los pozos en las coyunturas de intermitencia del servicio de cañerías se transformaba en una peligrosa opción. En efecto, vinculada a la contaminación resultante de la masiva presencia de sumideros, el agua de las primeras napas era un camino seguro a las enfermedades gastrointestinales o la tifoidea.

2.4. *La vivienda popular y una historia por hacerse*

El hábitat popular en Rosario no tuvo, a lo largo de estas tres décadas, demasiadas variantes. Entre la casilla y el conventillo, las gentes comunes armaron su cotidianeidad y debieron ingeniárselas para sobrevivir en el hacinamiento y la precariedad y pugnaron también por concretar una, sin duda, generalizada aspiración a la casa propia. Si la propia realidad de una sociedad relativamente abierta alentó en algunas franjas de los sectores populares este peculiar empeño, desde la élite de la sociedad hubo gestos que advertían sobre la sociedad que se estaba construyendo, así como de sus renovadas demandas. Con claridad unas veces, como simples balbuceos otras, ciertos políticos y en forma especial los higienistas pensaron y alentaron la "casa propia" como un medio y un fin: ése sería el ámbito donde el obrero se moralizaba y podía tomar distancia de un entorno socialmente conflictivo.

La casa propia se articulaba así a la intención de bosquejar el paradigma de un trabajador modelo, responsable de su familia, que hace suyos los ritos del huerto-jardín en la ficción de un cuadro bucólico en medio del crecimiento urbano; que ubica a su esposa como madre de futuros trabajadores; que encuentra en el ahorro y el mutualismo el camino del ascenso social. Se trataba, de algún modo, de la imagen de un sujeto integrado a un espacio residencial alternativo al ámbito de la corrupción higiénica, moral y, por qué no, política, propia del conventillo y el "boliche". Este discurso modelador de una familia humilde, pero trabajadora

⁵⁸ Ibid. En 1909 la mortalidad general en Rosario era del orden del 22,6 por mil; en Santa Fe Capital, del 20,5 por mil; en Buenos Aires, del 15,2 por mil, y en La Plata del 14,2 por mil.

⁵⁹ "... tenemos un servicio de tranvías que no vacilo en calificar de pésimo..., el tiempo empleado en su recorrido es excesivo, los vehículos son pocos, carecen de comodidades indispensables y las tarifas para los centros de población suburbanos son altas...", decía un intendente al promediar la primera década de este siglo; véase *Memoria Municipal, 1904-1906*, Rosario, 1905, p. 7.

y esforzada, vio en el conventillo una suerte de colador social. Por él pasarían todos, pero sólo los mejores dejarían su condición de inquilinos para transformarse en satisfechos propietarios⁶⁰.

De todas maneras, y aun cuando se preste particular atención a este discurso modelador del trabajador ideal para la Argentina Moderna, conviene insistir, otra vez, en que la realidad histórica resulta de interminables interacciones, mucho más sutiles y contradictorias de lo que pueda sugerir una aproximación demasiado lineal, gestada en los deseos y políticas de ciertos sectores de la élite. Entre los dispositivos del poder o las medidas concretas y la vida cotidiana realmente vivida hay complejas mediaciones, espacios en blanco y resistencias casi imperceptibles. Parece prudente, entonces, dejar planteada e irresuelta, la cuestión habitacional en el Rosario del novecientos. Cuando se logre asociar el discurso y las políticas con el negocio del loteo, bien atractivo en la primera década del siglo XX, con la realidad del conventillo —una alternativa de vivienda popular con obstinada vitalidad, seguramente vinculada a su rentabilidad— y, finalmente, con la realidad de la vivienda unifamiliar, mejorada en la "casa del gringo" o confundida con el rancho miserable, la historia urbana se habrá instalado en ese espacio todavía virgen, pero ineludible, como es la historia de las formas de vida.

⁶⁰ Para la reconstrucción de este discurso, apenas esbozado en este trabajo, véanse entre otros Juan Carlos ALVAREZ, "Proyecciones de la...", ob. cit.; Liga Argentina contra la Tuberculosis, comité Rosario, *La tuberculosis bajo el punto de vista social*, Rosario, 1904; Gregorio ARAOZ ALFARO, *El libro de las madres*, Buenos Aires, 1922; Samuel GACHE, *Les logèments ouvrières à Buenos Aires*, París, 1900; Juan ALSINA, *El obrero en la República Argentina*, Buenos Aires, 1905, y *Boletín del Museo Social Argentino*, Buenos Aires, junio de 1912.